

CHAIGNON



MEDITACIONES
SACERDOTALES

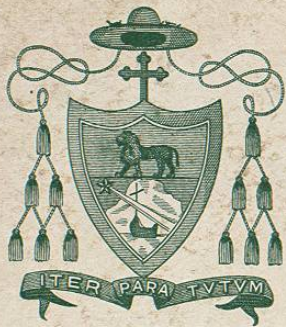
1-2

BX2186

Ch3

v. 1-2

009423



1080016374

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

i/ae
+ 8.00

Sea este pequeño obsequio,
que tiene la firma de oficio
al Muy Ilustre Sr. Canónigo
Don Emeterio Valverde Poyu,
el símbolo de distinguido
carino y gratitud que le
propia el último de sus
hijos.

DE
MEDITACIONES SACERDOTALES *insig*
Pto



Marzo 3 de 1907

NUEVO CURSO
DE
MEDITACIONES SACERDOTALES

Ó SEA
EL SACERDOTE SANTIFICADO MEDIANTE
LA PRÁCTICA DE LA ORACIÓN

POR
EL R. P. CHAIGNON S. J.

Quomodo dilexi legem tuam, Do-
mine? Tota die meditatio mea est.
(Ps. 118. 97.)

Traducción de la décimatercia
edición francesa

TOMO I



*Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

SEVILLA
ESCUELAS DE ARTES Y OFICIOS.
1903

45927

Bx 2186

Ch 3

V. 1-2

ES PROPIEDAD



CON CENSURA ECLESIASTICA

FONDO BIBLIOTECARIO
VALVERDE Y TELLEZ

INTRODUCCIÓN

Al que nos preguntase el por qué de este libro, le recordaremos con agrado las palabras que el P. Nouet puso al principio de una de sus obras: «Querido lector, si eres hombre de oración da gracias á Dios por ello, como de un beneficio inestimable; si no lo eres esfuérzate cuanto puedas para serlo.»

No repetiremos aquí lo que nuestros venerables hermanos más de una vez han oído y leído como nosotros acerca de la capital importancia de la oración mental y bajo cuáles aspectos nos sea tan necesaria. Se aconseja la oración á todos los cristianos, decía un célebre escritor, pero se preceptúa á los sacerdotes, como á quien atañe por su estado la obligación de aspirar á la más alta perfección (1). Sin ella es de todo punto imposible la vida espiritual. Por lo tanto, antes de trazar el plan de esta obra y exponer el método de oración, que á nuestro juicio se debe seguir, haremos alguna reflexión relativa á la estimación en que debemos tener este ejercicio tan esencial para nosotros.

I

Y entrando desde luego en argumento diremos que los sublimes intereses vinculados á la santificación del clero nos imponen de una manera absoluta la asiduidad en la meditación de la ley del Señor, en conformidad con aquella oración que por nosotros la Iglesia eleva á Dios en el acto de nuestra consagración solemne: *Ut in lege tua die ac nocte meditates..... quod crediderint doceant, quod docuerint imitentur* (2).

(1) *Contemplatio..... in ceteris hominibus quaeritur per consilium, in sacerdotibus vero exigitur per praeceptum* (Rup. 1. 2, in Levit. c. 40).

(2) Pontific. ordin. Præsbyt.

009423

En efecto, los sacerdotes una vez santificados, según la petición que Jesucristo elevó por ellos á su Eterno Padre, *Sanctifica eos in veritate*, é idóneos por su eminente virtud para cumplir con su vocación celestial, personifican en sí mismos, en todas partes, la verdad establecida, el bien triunfante sobre las ruinas del mal: representan á Dios conocido, adorado, servido; en una palabra, son la salvación del mundo. Porque, según el pensamiento de San Isidoro de Damietta, el sacerdocio es como un puente colocado entre el abismo de las perfecciones divinas, y el abismo de las miserias humanas. Por una de sus extremidades se llega á la naturaleza de Dios, por la otra á la del hombre: se dirige á Dios para honrarle, al hombre para hacerlo mejor, reformando lo corrompido de su naturaleza: *Inter divinam et humanam naturam sacerdotium velut medium, interjectum est, ut illam colat.... hanc autem in melius commutat.*

Es pues, oficio del sacerdote procurar la gloria de Dios y la felicidad del hombre. *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus*: en este cántico de los Ángeles está indicada la misión del sacerdote que es la misma que la de Jesucristo, de cuya obra reparadora es continuador. Mas ¿cómo llevar cumplidamente este fin tan elevado? ¿Cómo alcanzar su realización tan sublime sin estar el hombre íntimamente unido con Dios, de quien se derivan la autoridad y la fuerza? Y por otra parte, ¿cómo es posible unirse á Dios sino por medio de la oración, apellidada cabalmente por los doctores *Deitatis scala, conjunctio hominis cum Deo?*

Mucho se echa de ver la diferencia que existe entre el obreiro evangélico que se entrega de lleno y con ardor á este ejercicio fundamental de la vida interior, y el que lo hace con notable tibieza. No trataremos de aquel que lo hubiese abandonado del todo, pues tal cosa ni debe siquiera suponerse en un sacerdote, siendo este ejercicio tan esencial á los hábitos y necesidades de nuestra educación. Ciñéndonos pues, á hablar tan sólo de los dos primeros, tú verás en el tibio á un tímido hablador que discurre y nada más; mientras que en el sacerdote de ferviente oración admirarás al hombre franco que raciocina con lógica poderosa y con todos los caracteres de una verdadera y eficaz inspiración. Las palabras del uno carecen de ese calor vivificante, que es el se-

llo del espíritu de Dios; el lenguaje del segundo es el de Moisés descendiendo del Sinaí con el rostro encendido, porque acaba de salir de la presencia del Dios de Israel, con el cual ha tenido secretos é inefables coloquios. De aquí ese profundo convencimiento que se advierte y se siente no sólo en todas sus palabras sino también en todos sus actos, y esa fuerza irresistible que, apoderándose de las inteligencias y de los corazones, los arrastra á comprender la verdad y á abrazarla con ardor.

Sobre esto están acordes todos los santos y los muchos sabios que se dedicaron con especial empeño á la santificación del clero. San Gregorio Magno tiembla por los obispos que admiten á las sagradas órdenes á jóvenes que ni estiman ni aman la oración, y San Bernardo exhorta al Papa Eugenio á que no imponga sus manos sino sobre aquellos que, no sólo estiman y tienen grande afecto á la oración mental, sino que además la conozcan más práctica que teóricamente. San Carlos Borromeo nunca quiso ordenar á nadie sin antes estar bien enterado de si el ordenando sabía la ciencia de la oración, conocía su método y las partes de que se compone, y lo que es aún más importante, si era exacto en hacerla. Por tanto, todo lo que después de San Carlos, San Vicente de Paúl, San Francisco de Sales y Ollier se ha dicho y escrito sobre esta materia puede concretarse en estas palabras: «*Si es cierto que nadie puede ser sacerdote sino por la ordenación, no lo es menos que nadie podrá ser buen sacerdote sino por la oración*». Es preciso pues, meditar: mas ¿sobre qué objetos?..... ¿cómo?

II

Quiso el Señor por un acto de su especial misericordia,— que con el socorro de la divina gracia sabré agradecer mientras viva—servirse de mí, durante veinticinco años, en un gran número de retiros espirituales para recordar á sus ministros los gloriosos privilegios y las obligaciones gravísimas del sacerdote y del pastor. Pues bien, en todas estas reuniones, sin exceptuar ni una siquiera, la gracia se hizo tan sensible que sería preciso cerrar los ojos para no ver y

confesar que la acción y el saludable influjo del Espíritu Santo se manifestaba de una manera vivísima en aquellos cenáculos, cumpliéndose así al pie de la letra la divina promesa de Jesucristo: «*Ubi sunt duo vel tres congregati in nomine meo ibi sum in medio eorum.*»

Habiendo sido testigo, por tanto, con gran regocijo de mi alma, de los portentosos efectos de la palabra divina que yo meditaba en unión de los que recibieran la misión de anunciarla á los pueblos, estuve perplejo si sería acaso medio efficacísimo, para consolidar y desarrollar aquellos saludables sentimientos, el hacer á menudo objeto de nuestras meditaciones las mismas verdades que los produjeron.

Está fuera de duda que los sagrados dogmas son siempre los mismos en todo tiempo y lugar, y que su eficacia en los retiros espirituales proviene especialmente de la conexión y encadenamiento que se les da. Entonces todas las verdades se unen y apoyan mutuamente, de manera que la una es el complemento de la otra, y ésta sirve de introducción á la siguiente. En la mayor parte de nuestros libros de meditación se hallan desligadas, y es forzoso confesar que, más bien que otra cosa, parecen miembros de un mismo cuerpo de doctrina esparcidos y faltos de aquella unidad y cohesión, de donde sacan esa vida y esa fuerza que las hacen fecundas en asombrosos triunfos sobre las almas.

Estas verdades pues, bien conexionadas como se suelen meditar en los retiros espirituales, ó para decirlo con mayor exactitud, todo el sistema de la santificación sacerdotal ideado sobre el hermoso plan de los Ejercicios de San Ignacio, es lo que yo, cediendo por fin á honrosas instancias y alentado además por la acogida sobremanera benevolentísima que tuvo mi ensayo sobre la celebración del divino sacrificio, ofrezco esta obra á la tribu predilecta del Señor (1). Pondremos luego á continuación meditaciones cuyos argumentos estén conformes con los diferentes tiempos, fiestas y misterios. En la primera parte, por lo tanto, elegiremos por guía al solitario de Manresa, y en la segunda nos amoldaremos al curso del año litúrgico.

(1) Cuando el autor escribía estas líneas muy lejos estaba de pensar que su *Nuevo curso de meditaciones sacerdotales* tendría aún mejor acogida que *El Sacerdote en el altar*, habiéndose ya hecho de él trece numerosas ediciones.

III

Bien puede decirse que San Ignacio en su libro de los Ejercicios—pequeño de volumen, es verdad, pero de una riqueza inagotable; aprobado y además ensalzado y recomendado por muchos Sumos Pontífices,—redujo á arte la conversión del pecador y el progresar del justo en los caminos de la más elevada y sólida perfección. La idea de ese áureo plan ya se vislumbra en aquella sentencia de San Agustín que, por lo que parece, la ignoraba completamente el soldado convertido en solitario y ya tan adiestrado en los secretos de la vida ascética: *Est homini iter ad Deum, per Deum hominem*. El hombre es viajero; su punto de partida es el pecado; su término es Dios y el camino que le conduce á ese término es el Hombre-Dios.

De aquí dimanar tres clases de verdades perfectamente distintas. Las primeras tienden á purificarme, enseñándome á combatir y destruir el pecado tanto en sí mismo como en sus causas: sirven las segundas para hacerme caminar hacia Dios, mi último fin, siguiendo la senda segura marcada por las huellas de N. S. Jesucristo: las terceras me unen á Dios con el suave vínculo del amor. El Santo que tomamos por guía va luego completando este cuadro con Ejercicios que él distribuye en cuatro series ó semanas, cada una de las cuales, se compone de un número indefinido de días y que corresponden á lo que de ordinario llamamos: *vía purgativa, iluminativa y unitiva*. Cada una de éstas tiene su fin peculiar, y se ha procurado caracterizarlas con cuatro definiciones diversas. Dícese que la primera *deformata reformat*, puesto que está destinada á destruir el imperio del pecado y á ordenar cuanto en el hombre haya de desarreglado; la segunda *reformat conformata*, pues tomando por modelo de nuestras acciones á Jesucristo, llega Éste, por decirlo así, á ser como la forma interior y exterior del cristiano: la tercera *conformata confirmata*, porque poniéndonos á la vista la pasión del Salvador, tiende singularmente á corroborar el alma en sus generosas resoluciones: la cuarta, por último, *confirmata transformata*, pues haciendo que nos detengamos en la contemplación del Hijo de Dios en su vida gloriosa, tiende á transformarnos á todos en este divino objeto de nuestro amor.

Y hé aquí cabalmente la santificación del sacerdote en sus principios, en sus progresos y en su complemento. Sería pues lógico dividir esta obra en tres partes; mas como la tercera siendo menos práctica debería ser mucho menos extensa que las dos primeras, agregaremos ésta á la segunda, distribuyendo nuestro trabajo de la manera siguiente: 1.º la santificación del sacerdote en sus principios, ó sea verdades relativas á la primera semana de los Ejercicios de San Ignacio: 2.º la santificación del sacerdote en sus progresos y en su complemento, ó sea verdades relativas á las tres últimas semanas.

Mas San Ignacio, antes de emprender la destrucción del pecado, quiere que fijemos desde luego nuestra atención y muy seriamente, en el fin del hombre y de las criaturas; dando él á esa meditación que llama *fundamental* (1) tal importancia que, según su parecer, de esta verdad más ó menos profundizada, depende el fruto y buen resultado de las demás.

Así pues, en la sección primera de la primera parte meditaremos todo lo que concierne al fin del hombre y del sacerdote, á la dignidad de éste, á su misión, su poder, y máxime, á la santidad que nuestro ministerio exige; cuyo conseguimiento, merced á los múltiples y poderosos medios de que disponemos, no nos es menos necesario que fácil.

En la segunda sección trataremos únicamente del pecado y de las causas que suelen producirlo. De este modo, las tremendas penas con que Dios lo castiga, los caracteres odiosos que reviste en un sacerdote, sus deplorables efectos, etc., irán poco á poco insinuando en nuestra alma aquel espíritu de compunción que, en nuestro estado actual, es resorte indispensable para alcanzar la verdadera santidad.

Estudiada de este modo la naturaleza del pecado, y del pecado en el sacerdote, nos excitaremos á aborrecerlo profundamente, mediante la consideración de los novísimos, la muerte, el juicio y el infierno; esto formará el objeto de la tercera sección.

Finalmente en la cuarta, sucediendo á la voz terrible de la justicia la voz suave y conmovedora del perdón, lloraremos

(1) En el libro de los Ejercicios no recibe otro nombre que el de *Principium sive fundamentum*.

nuestros pecados por motivos más puros que acrecentarán el valor de nuestro arrepentimiento. De este modo la gratitud y el amor perfeccionarán lo que el temor comenzara, y nos arrojaremos entonces en los brazos de Dios nuestro Padre, de quien son siempre la misericordia y el perdón: «*Cui, canta la Iglesia, proprium est misereri semper et parcere*» y nos esforzaremos para reparar nuestros extravíos haciendo dignos frutos de penitencia, y consiguiendo así el objeto exclusivo de esta primera parte. Al comenzar luego la segunda, expon-dremos en un prólogo peculiar el orden completo que se deberá observar en ella. Por lo que llevamos dicho ya se echa de ver suficientemente la naturaleza y conexión de las santas verdades que formarán el objeto de nuestras meditaciones, y por lo mismo pasaremos ahora á tratar de la forma en que las habremos de meditar.

IV

Nuestra natural inconstancia, la ligereza de nuestro espíritu y la veleidad de nuestra fantasía, siempre dispuesta á las distracciones, nos ponen en la necesidad de buscar un método para la práctica de la meditación (1). Hay muchos y todos llenos del espíritu de Dios, y la elección queda libre. Nosotros adoptaremos el de San Ignacio, pero al mismo tiempo exhortamos á que no se abandone el que una vez se eligió, si él es provechoso al alma: *Ubi spiritus Domini, ibi libertas* (2).

El R. P. Fáber, Presbítero del Oratorio, en su libro *Progreso del alma*, examinando los diversos métodos de oración mental que los grandes maestros de espíritu nos legaron, los reduce á dos que denomina método de San Ignacio y método de San Sulpicio. Después de haber dicho que el primero se acomoda mejor á los hábitos del espíritu contemporáneo y por tanto conviene á un mayor número de personas y se puede enseñar como arte..., y que el segundo, siguiendo fielmen-

(1) En el lenguaje ascético la *meditación* es menos perfecta que la *oración*. Puede suceder que uno sea hombre de meditación y no de oración, sirviendo aquélla como de primera grada y de base para subir y alcanzar ésta.

(2) II, Cor., III, 17.